

La diplomacia mambisa, raíces y horizontes

Concertó el apoyo foráneo a la lucha armada e identificó los principios que debían regir la política exterior de la futura República

Por **ROLANDO GONZÁLEZ PATRICIO***

América Latina era el campo más fértil para buscar apoyo político-diplomático para el esfuerzo separatista y hacia ella fue Martí, a entrevistarse con mandatarios y ministros.



LA historia escrita sobre la lucha secular del pueblo cubano para conquistar la independencia primero, y luego consolidar la soberanía, ha dedicado abundante atención a la dimensión bélica. Sin embargo, tal vez no ha hecho justicia suficiente a la labor diplomática desplegada al servicio del proyecto nacional liberador.

Revisitar aquella diplomacia –concebida como accionar político complementario del esfuerzo armado y denominada indistintamente “de la manigua” y “mambisa”– permite identificar tanto las acciones de diálogo y concertación al servicio de la libertad por alcanzar, como los principios, ideas y medios erigidos en antecedentes y referentes de la política exterior de la Cuba soberana.

La gesta independentista iniciada en 1868 necesitaba el reconocimiento internacional, a fin de disponer de los recursos necesarios para enfrentar el poderío de España. Carlos Manuel de Céspedes no escatimó esfuerzos en este sentido. De cara a Europa, envió comunicaciones a Francia; al rey Víctor Manuel II, ocupado por entonces en la reunificación italiana; y a la

reina Victoria, de Inglaterra. Pero aquellas iniciativas alcanzaron muy limitado impacto.

Es conocido el denuedo extraordinario desplegado por los cubanos para conseguir el reconocimiento del Gobierno de Estados Unidos y cómo las administraciones de Andrew Johnson, Ulises Grant y Rutherford Hayes se opusieron a la independencia de Cuba, con el propósito de mantenerla en manos españolas hasta que llegara el momento de hacerse con ella. Si bien esta actitud tuvo consecuencias nefastas para la causa cubana, no menos costosa fue la desunión dentro de la Isla y entre sus representantes en el exterior.

Con tanto o mayor interés que en Europa y Estados Unidos, las maniobras político-diplomáticas de Céspedes estuvieron también dirigidas, desde el inicio, a obtener apoyo en América Latina y los resultados fueron tangibles. A partir de 1869 una decena de gobiernos de la región admitió la beligerancia de los cubanos: México, El Salvador, Venezuela, Colombia, Chile, Bolivia, Honduras, Guatemala, Brasil y Perú. Mención

obligada es esta última nación, que reconoció el derecho a la independencia de Cuba, cooperó con su causa y nombró al enviado plenipotenciario de Céspedes como decano del cuerpo diplomático acreditado en Lima.

Los escenarios políticos internos y el estado de las relaciones con España explican en gran medida esas posturas, las cuales, sin embargo, no tuvieron mayor impacto debido a la oposición estadounidense.

La diplomacia del Delegado

José Martí, en sus escritos y en su accionar como Delegado del Partido Revolucionario Cubano (1892-1895), legó evidencia suficiente de su empleo del instrumental diplomático al servicio del proyecto político independentista que encabezó. Sus iniciativas permiten advertir una estrategia de proyección hacia Europa, Estados Unidos y nuestra América, que aspiraba al reconocimiento y la ayuda internacional a la causa cubana.

De las tres áreas mencionadas, la gestión hacia Europa alcanzó un menor desarrollo, aunque hubo proyecciones específicas dirigidas a España,

Francia y Gran Bretaña. Al parecer, Martí no esperaba conseguir de Francia mucho más que cierta simpatía popular. Ya en los campos de Cuba, procuró entrar en comunicación con Londres para ofrecer determinadas garantías a las propiedades y el comercio británicos.

Conocedor del poder creciente de los Estados Unidos, del interés en hacerse con Cuba, el Delegado entendió prudente aspirar a relaciones cordiales y procuró lograr el respeto de aquel Estado y la ayuda, más moral que material, de su pueblo.

América Latina era el campo más fértil para buscar sostén al esfuerzo separatista, aunque, a diferencia del 68, ya habían cambiado los intereses de los gobiernos y sus compromisos con España y Estados Unidos habían crecido. No obstante, Martí no renunció a conseguir un reconocimiento de la beligerancia de los cubanos tan amplio como fuera posible.

Con ese empeño, viajó a Santo Domingo, donde fue recibido por el ministro de Relaciones Exteriores y luego obtuvo colaboración indirecta del presidente Ulises Heureaux; en Haití lo atendió extraoficialmente el secretario de Estado, Antenor Firmin; en Costa Rica fue recibido por el presidente José Joaquín Rodríguez y por Rafael Yglesias, ministro de Guerra y, luego, sucesor de Rodríguez; y en México, además del respaldo de importantes personalidades, sostuvo una entrevista privada y muy provechosa con el mandatario Porfirio Díaz. Sin embar-

go, en la Guerra del 95 no se alcanzó el mismo reconocimiento que durante la de los Diez Años.

De cara a la República

Es conocido que el proyecto político martiano no se agotaba en la conquista de la independencia y aspiraba a instaurar un Gobierno de nuevo tipo, que necesariamente asumiría retos internos y externos. A lo largo del esfuerzo movilizador y organizativo para el reinicio de la lucha, Martí esbozó múltiples ideas acerca de la futura nación, en general, y de su proyección internacional, en particular. Más que ideas, devienen fundamentos estratégicos y principios para la futura política exterior.

El primero es el internacionalismo. El compromiso con la causa de Puerto Rico y la búsqueda de recursos foráneos para arrebatar a España la soberanía sobre ambas islas e impedir su traspaso a otro poder extranjero son apenas dos de las múltiples expresiones de ese fundamento, extensivo a Asia y África. Véanse, por ejemplo, sus comentarios sobre la lucha en el Riff y en Filipinas. El antimperialismo es, tal vez, su dimensión más conocida, junto a la aspiración de conquistar la “segunda independencia” de nuestra América, y por ese camino alcanzar “el equilibrio del mundo”.

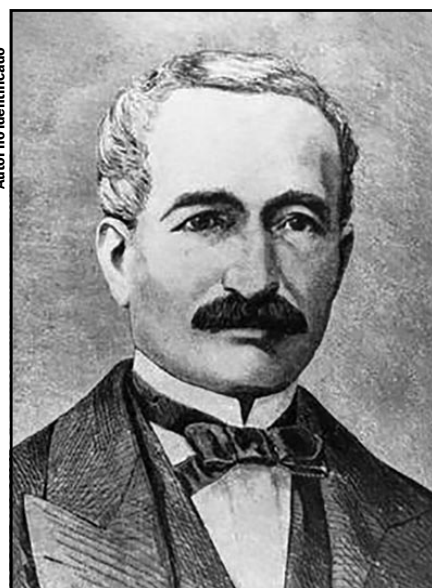
Otro principio martiano es la consecuente defensa de la paz. La noción de Martí se adelantó a prácticas supuestamente inauguradas en 1917,

cuando por primera vez un Estado, el soviético, desplegó su política exterior tanto hacia los gobiernos como hacia las masas. En mayo de 1892 precisaba en *Patria*: “Las alianzas que contraen de sí propias las almas de los pueblos [...] son más duraderas y apetecibles que los contratos que suelen ajustar las necesidades políticas y los intereses” (*Obras Completas*, tomo 4, p. 406).

El derecho a la autodeterminación, base de su propio accionar patriótico, era extensivo a toda la humanidad: “Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolverse sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios” (O.C., t. 6, p. 153).

Finalmente, se impone subrayar que desde el siglo XIX, cuando el escenario internacional se caracterizaba por la imposición de las voluntades de las potencias imperialistas, al menos desde la Conferencia Monetaria de 1891, Martí proponía vínculos entre los Estados bajo el principio de igualdad soberana, base imprescindible de la democratización de las relaciones internacionales. Debían los pueblos “reunirse en amistad y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acercamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos” (O.C., t. 6, p. 153). ●

*Investigador y profesor universitario.



Palacio de Gobierno en Lima (siglo XIX). Allí recibió a los enviados mambises el presidente José Balta, quien brindó apoyo a la lucha del pueblo cubano, al igual que otras naciones hermanas de la región.